



Martha López Castaño\*

# La construcción de la infancia y los estudios feministas

---

\* Doctora en Filosofía.

La infancia es abordada por los estudios feministas -donde se destacan los trabajos de Ana María Fernández- que muestran cómo las ideas iusnaturalistas como inocencia, pureza, debilidad, dependencia, tabla rasa, etc., se van modelando por la cultura y los imaginarios que reducen a los niños y niñas a objetos de cuidado de las mujeres, mientras los hombres advienen a lo público, al reconocimiento social y al poder que da la virilidad, no solo sobre los otros sino principalmente sobre las mujeres y los hijos en el hogar, el llamado oikos familiar.

Así fue como se consolidó la gran escisión entre lo público y lo privado que condenó a las mujeres al trabajo doméstico y las transformó en seres destinados a la reproducción biológica, no aptas para la educación y supeditadas al varón no sólo en términos del deseo, sino también dependientes de éste en cuanto a su manutención.

Con la aparición de la manufactura y la gran industria capitalista durante el siglo XIX se admite ya que la mujer se define por la maternidad; esto

acontece como consecuencia del debate sobre el “aporte femenino en la concepción” que duró varios siglos desde Platón y Aristóteles hasta el siglo XVI, cuando Harvey descubrió que el óvulo femenino era penetrado por el espermatozoide dando entonces a la mujer por primera vez la virtud de crear; no obstante la creación se redujo para las mujeres a la capacidad de hacer hijos, eliminando con esto la opción de producir y de crear ideas de pensamiento, de poesía y del arte en general que dan vida a la autonomía y al aporte femenino a la cultura y a la sociedad.

La infancia retoma entonces el ejercicio molar y bipolar de femenino y masculino, estableciendo una diferencia clara entre los niños y niñas: ser niño y ser niña no es lo mismo, así que tanto la educación familiar como la escolar se propusieron formar a las niñas para el matrimonio, lo cual las convertía en objetos sexuales para los hombres. Esto se llevó a cabo en consonancia con la tradición cristiana que valoraba la maternidad y la sujeción al varón como el modo más útil de impedir que las mujeres ejercieran un erotismo desmedido, cosa que se consideraba coesencial a su naturaleza femenina, lo cual las lanzaba a la prostitución y las alejaba de la verdadera noción de bondad, de humildad y de vigilancia cristiana sobre sus cuerpos.

Las mujeres, por muchos siglos, fueron consideradas agentes del demonio. En la Edad Media muchas mujeres fueron sacrificadas, así que la invención “Mujer igual Madre” provee el mecanismo más eficaz para domesticar a las mujeres, impedir que interroguen su erotismo y queden confinadas al espacio privado en el hogar y dedicadas a la crianza de los hijos/as. Esto ocurre mientras la sociedad y la cultura refrendan la primacía del varón en todos los sentidos dando a éste todos los privilegios y el poder sobre las demás minorías, incluyendo los niños y niñas.

Los niños y niñas quedan supeditados a pautas de comportamiento y protocolos según roles muy precisos: a ellos se les prepara para el conocimiento y el saber, para gobernar y defender la nación militarmente y en el trabajo general se privilegia la fuerza y potencia masculina, que incluye su mente y cerebro en términos de remuneración en las fábricas y oficinas del Estado.

En ellas todos los protocolos educativos forjan la preparación para el matrimonio, para la atención de sus hijos, para la fidelidad y el trabajo doméstico y el soporte moral y psicológico del hombre que debe brillar en lo público y a quien la sociedad consiente en los deslices amorosos, en la violación y el exceso en el poder como si fueran parte incuestionable de su masculinidad.

En el siglo XIX la infancia se entiende como ese estado de la vida que prepara al adulto para el futuro: se trata de un estado transitorio y el mismo se constituye en potencia de ser a futuro, no tiene completitud y se va llenando con base en el aprendizaje; son vestidos como adultos/as, realizan tareas distintas que aparecen en sus juegos, ellos tratan a las niñas como inferiores y de hecho ellas se convierten en sus sirvientas. Todas las ciencias coinciden y refrendan estos roles; la psicología con Freud, la antropología, la filosofía, la historia, exceptuando algunos pocos, enaltecen la soberanía del hombre y promueven al hombre superior.

Las mujeres van formando su personalidad al admitir que no pertenecen a sí mismas, que su deseo es tener hijos y su vida está dedicada a éstos; la educación gira alrededor de este horizonte y las niñas aprenden lo básico subordinadas a esta función; las ciencias se dividen en duras y blandas y las universidades asimilan en uno y otro bando a los estudiantes que cuentan en números el poder de lo masculino sobre lo femenino.

Como dice Ana María Fernández, *la trilogía formada por Mujer igual a Madre, el mito del amor romántico y el de la pasividad erótica femenina inscrita en un particular ordenamiento dicotómico de lo público y lo privado, ha hecho posible la construcción histórica de una forma de subjetividad propia de las mujeres entre cuyos rasgos se ha mencionado un posicionamiento de “ser del otro” en detrimento del “ser de sí”*. Esta forma de subjetividad no es algo inherente al ser femenino sino que constituye el precipitado histórico de su lugar subordinado en la sociedad.

La infancia construida a partir del siglo XIX (y que se extiende en muchos países hasta nuestros días), considerada como espacio primero para llegar a ser, hace al niño y a la niña sujetos en potencia de ser adultos, da cuenta de esa subjetividad potencial que ayudada por el aprendizaje encarna y prepara la identidad reservada para ellos y ellas, basada en una dicotomía singular que opone lo masculino y lo femenino, quedando la feminidad subordinada, reducida a su condición minusválida y dotada de atributos de candor y pasividad que la Madre reproduce a partir de la contaminación que provee una mentalidad que la domestica a ella y a sus hijas de acuerdo al deber ser, considerado esencial e inalterable.

*Aparece en el siglo XIX una clase de educación moral por parte de los médicos higienistas que buscan modelar a las niñas de acuerdo a dos objetos esenciales, guardarlas vírgenes hasta el matrimonio que para la época se va retardando hasta los veinte años y prepararlas para ser esposas sumisas. Entonces recomiendan a la madre las listas de alimentos que deben evitarse tanto por sus características afrodisíacas como por ser estimulantes intelectuales. Por otra parte la inferioridad biológica del cerebro de las niñas las descarta de los estudios. No se debe despertar su imaginación, por tanto se desaconsejan la lectura de novelas, el*

*teatro y la música voluptuosa, los bailes etc. En suma se exalta el pudor y la virtud, y se considera la inocencia el principal rasgo del carácter de la niña y de la adolescente; para los moralistas y educadores, como también para las madres, la inocencia está garantizada por la inocencia.* (Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión*. Paidós. Barcelona. p. 87).

Es necesario que transcurran varios siglos para que empiece a cambiar esta mentalidad presente todavía en la Revolución Francesa de 1789, procesos de transformación guiados por ideas que interrogan lo femenino de otra manera, metáforas y paradigmas que proponen la igualdad, el restablecimiento de derechos, las luchas en la búsqueda de estos reconocimientos, debates sobre la identidad y la violencia de género, la crítica al patriarcalismo, a la guerra, a la violencia sobre las minorías y las mujeres en su papel transformador en el mundo; todo ello empieza a sentar las bases para la aparición de nuevas formas de familia que piensan en la diferencia para la irrupción de subjetividades que comprometen la comprensión identitaria y el poder patriarcal y heterosexual vigente.

En el siglo XX surgen elementos para la construcción de nuevos seres humanos donde el papel de la infancia cobra un papel importante. Se produce una nueva configuración de devenires identitarios que invalidan no sólo los roles establecidos, sino que dan a las mujeres la potencia y la autonomía para interrogarse a sí mismas y se dan nuevas confrontaciones dentro del movimiento feminista, en donde se cuestiona la igualdad con los varones para proponer un espacio singular a partir de la diferencia que da cabida al deseo femenino interrogando todas las ciencias y disciplinas del saber, y ello obliga a concebir una infancia acorde con los deseos transformadores que recorren los tiempos. Las mujeres advienen masivamente a la educación y a las universida-

des, a mediados del siglo XX, durante los años sesenta, y defienden lo que consideran sus derechos cuestionando todos aquellos dispositivos simbólicos y culturales que las han considerado descerebradas e incapaces de pensar y actuar.

Se produce entonces un movilizar de las mujeres que participan de un campo que se desliga de lo que se considera revolucionario comandado por los varones, subvierten los planteamientos del marxismo, del comunismo ortodoxo, de la guerra y la violencia, toda vez que “su revolución está desarmada y no ha derramado ni una gota de sangre”; se desentienden de planteamientos que consideran el poder como objeto de apropiación y lo asimilan a la fuerza concomitante a la vida –para bien o para mal- que se ejerce dentro y fuera de sí mismas. Para el pensamiento feminista el poder se ejerce, opera con lógicas molares presentes en el patriarcado que se apoya en lo simbólico como suceso de una bipolaridad aberrante que da a lo masculino una notoriedad absoluta e incontrovertible, “lo masculino no necesita explicación”, el patriarcalismo es la fuente de todas las violencias concernientes a la exclusión de género, de raza, de etnicidad... el patriarcado está en la guerra, en el Estado, opera en todo el campo social y desafortunadamente también en lo cultural.

A partir del siglo XX las mujeres salen a trabajar, llenan los espacios públicos, y aunque subsiste la desigualdad de género y la inequidad en términos de remuneración y de posibilidad efectiva, subvierten las ideas establecidas para rescatar sus deseos y demostrar su capacidad creativa; su compromiso con los hijos, pese a las dificultades que experimentan, hacen que ellas sean las primeras que se levantan y las últimas en acostarse y reinventan la vida a cada momento. Subvierten con su accionar la idea de la infancia tanto femenina como masculina, y no le temen a la soledad que nace de reevaluar la vida y la felicidad en pareja.

La niña en estas circunstancias no es un estado inicial para consolidar una adultez femenina nacida de la sujeción, se entiende ya como un tiempo en presente permanente, más parecido al Aión que entendían los presocráticos; la niña que juega aprende del juego, y aunque el mercado y toda la economía de lo útil vaya en contravía con la serie de juguetes mass-mediáticos que propone, sin embargo la tecnología y el cambio paulatino del imaginario patriarcal permite evidenciar cambios importantes que cuestionan la reproducción de los roles.

Las niñas hoy también acceden a la tecnología, utilizan sus pulgares para conectarse, para comunicarse y ejercitar el juego y el aprendizaje. Esto, como bien lo entiende Michel Serres en su libro *Pulgarcita* (que dedica a las niñas y a las jóvenes que han sabido advenir al saber y que logran el número mayoritario en las universidades del mundo), transforma la mente y el cerebro y pone en primera línea la creación y la reinención de sí mismas.

El libro describe el proceso que se está llevando a cabo al respecto de crear una noción novedosa de la infancia y las identidades; de hecho esta nueva infancia es capaz de acometer las mutaciones que se desarrollan en el cerebro que incide en los imaginarios, en las prácticas pedagógicas y en las relaciones con los otros. Ellos y ellas ya no se conectan ni se identifican con lo que regulaba la existencia en el pasado y que está dando paso a múltiples maneras de vivir en el mundo virtual que ya es un hecho social irreversible.

- La nueva infancia ya no vive en compañía de los animales, no habita la misma tierra, ni tiene la misma relación con el mundo.
- Se ha vuelto más sensible al entorno, contamina menos que sus predecesores, mucho más inconscientes y más individualistas.

- No conoce las mismas edades, ni el mismo matrimonio, ni la misma transmisión de bienes.
- No tiene el mismo cuerpo, ni la misma conducta, ningún adulto les transmitió una moral adaptada. Sus padres y madres fueron concebidos a ciegas, ellos son programados, no tienen la misma genealogía, estudian con seres de distintas familias, religiones, razas y orígenes distintos.
- No habitan en el mismo tiempo, viven en una historia diferente, están formateados por los medios de comunicación, formateados por la publicidad.
- Los niños y niñas viven en lo virtual, las ciencias cognitivas muestran el uso de la red. La lectura y escritura con los dedos pulgares consulta a Google, Wikipedia, Youtube y Facebook que no estimulan las mismas neuronas, ni las mismas zonas corticales que el uso de los libros, la tiza y el cuaderno.
- Pueden manipular varias informaciones a la vez, no conocen ni integran, ni sintetizan como nosotros sus ascendientes.
- Por el teléfono inteligente acceden a muchas personas, por GPS a cualquier saber, ocupan un espacio topológico de vecindad mientras nosotros uno métrico referido a distancias. Ya no habitan el mismo espacio y ya no temen a la misma muerte. Conocen de otro modo.

¿Y qué pasa con el individuo?

Ya no sabe vivir en pareja, se divorcia, ya no sabe estar en clase, se mueve y charla. Las ideologías se declaran muertas en todas partes y quedan nuevos lazos por inventar.

Nosotros los adultos no hemos sabido inventar ningún lazo social nuevo, con excepción de las mujeres, y en esto todavía falta mucho por hacer. El espacio dedicado a la enseñanza se está quedando obsoleto, las áreas de las bibliotecas, las aulas, los laboratorios, pertenecerán a una época pasada, propios de humanos que ya no son.

Para Michel Serres la pareja soporte-mensaje está evolucionando; la pedagogía cambió con la escritura dando lugar a la *paideia*; luego con la imprenta y hoy en día con la tecnología, el saber está abierto y se transmite siempre en todas partes. (Michel Serres, *Pulgarcita*, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 65 y ss.)

Frente a estas mutaciones es probable que convenga inventar novedades inimaginables fuera de los marcos caducos que siguen formateando nuestras mentes.

Los/las jóvenes deben reinventar todo, una manera de vivir juntos, recrear las instituciones y una manera de ser y de conocer.

Es cierto que la tecnología está cambiando no solo la mente sino también nuestro cuerpo, los avances médicos lo confirman, y la lucha contra las enfermedades con ayuda de la tecnología tiene nuevas expectativas, pero no podemos olvidar que el patriarcado responsable de tanta violencia y violación contra las mujeres, las niñas y los niños y las minorías tiene que desaparecer de la faz de la tierra, sólo la ética cambiará el mundo dando paso a nuevas subjetividades capaces de transformar el futuro en un sentido vivible y amable; hay que tutelar en base a la ética a nuestros niños y niñas para no convertirlos en objetos de criminales de la tecnología que es utilizada para sus propósitos perversos, y hay que impulsar la creación que ella agencia dando paso a ese compromiso que implica amar la vida y respetar la otredad. Y ello toca a los animales, la naturaleza y el medio ambiente, empieza desde la infancia que como hemos visto se está transformando y representa la esperanza de un mejor futuro para todas y todos.

Título: Esperando por ti  
Pinocho  
Año: 2006  
Técnica: Mixtas sobre papel